

PRESENTACIÓN



El problema del *multiculturalismo* ha irrumpido con fuerza en el ámbito de la discusión política contemporánea. Sin embargo, como suele ocurrir con todos los términos «estrella», su significado teórico y sus connotaciones prácticas distan de gozar de una interpretación uniforme. En términos generales el multiculturalismo alude a la posibilidad de conciliar en un marco político democrático la pluralidad de identidades, valores y adscripciones culturales a la que las sociedades complejas parecen irremisiblemente abocadas. Sus contornos son excesivamente difusos para poder presentarlo como un paradigma político específico, ya que bajo su manto conceptual confluyen cuestiones tan distintas como los derechos de las minorías, la fundamentación de las identidades colectivas, los diseños territoriales en los Estados plurinacionales o la posibilidad misma del diálogo intercultural. Cada una de estas cuestiones exige una consideración política y normativa diferenciada. Por otra parte, la pluralidad cultural ha estado siempre presente a lo largo de la historia del género humano. No es en sí misma, pues, un rasgo socialmente novedoso. Lo que sí constituye una novedad es el diagnóstico de que la modernidad, pese a las interpretaciones más al uso, ha sido incapaz de erradicar las fuentes de heterogeneidad cultural. Antes al contrario, la diferenciación moderna de estructuras sociales ha propiciado nuevas formas y medios de identificación cuya fluidez escapa con frecuencia a los moldes políticos consolidados por los Estados nacionales de factura liberal democrática. También es novedosa la valoración positiva de esa heterogeneidad como fuente de autonomía y de autenticidad en la constitución de las identidades individuales y colectivas. Se trata, en definitiva, de un fenómeno frente al que las tradiciones políticas herederas de la Ilustración han mostrado una sensibilidad cuanto menos relativa. Ni la construcción del Estado sobre la primacía de los derechos individuales, en el caso del liberalismo, ni la constitución de una voluntad colectiva soberana a partir de las virtudes políticas de una ciudadanía comprometida con lo público, en el caso del republicanismo, o la emancipación del trabajo como meta política del socialismo, otorgaron un reconocimiento explícito a las múltiples identidades que necesariamente debían concurrir en la constitución de la comunidad política.

El reconocimiento político de la pluralidad cultural, esto es, la consideración del multiculturalismo como una posibilidad política, y no sólo como facticidad social, descansa sobre una jerarquía axiológica cuyo pináculo deben com-

partir por igual el pluralismo como norma moral y los valores liberales clásicos. Expresado con otras palabras, no se trata de situarse en el ámbito de un simplista relativismo moral en el que todas las formas de identidad sean válidas por principio. Tampoco es preciso emplazar el multiculturalismo en la beatería políticamente correcta de una nueva filosofía de la sospecha que se proponga desentrañar la opresión supuestamente sistemática de toda forma de identidad ajena a unos determinados patrones culturales, raciales y genéricos históricamente dominantes. A mi juicio, estas acepciones posibles del multiculturalismo sacrifican su fertilidad política en aras del impacto de su expresividad teórica. La fecundación de la filosofía política por parte de los valores del multiculturalismo debería más bien traducirse en una reinterpretación de los principios democráticos y liberales que diese cabida a las fuentes culturales de las que se nutren tanto la autonomía moral de los individuos como sus identificaciones colectivas y su capacidad para el recíproco reconocimiento político. No es por ello casual que este debate se haya generado en el ámbito de la filosofía práctica como una derivación del intercambio de argumentos que tuvo y sigue teniendo lugar en Norteamérica entre las perspectivas liberales y comunitarias.

La complejidad política de Canadá, tanto en términos de su composición nacional y étnica como de su diseño constitucional y territorial, ha hecho de este país un lugar insospechadamente fértil para la teorización política. No sólo han sido voces canadienses algunas de las más autorizadas en el ya viejo debate entre comunitaristas y liberales, sino que muchos de los desarrollos más interesantes en la teoría del federalismo y en el análisis de los nacionalismos se deben a intelectuales de esta procedencia. Tanto es así que cabe afirmar que el liberalismo canadiense ha terminado por asumir unas características filosóficas propias que lo distinguen tanto de su matriz británica como de su homólogo estadounidense.

Los desafíos políticos a los que actualmente se enfrenta Canadá han centrado la atención de los politólogos a nivel internacional. Desde España, ya superados los encontronazos pesqueros, ese interés profesional se ha visto acompañado por la inusitada curiosidad de una opinión pública y una clase política que han querido ver en el dilema canadiense cierto reflejo de sus propios problemas. Sin entrar a debatir los espejismos que la mera constatación del hecho plurinacional común a ambos países puede provocar, lo cierto es que el Consejo de Redacción de la *RIFP* consideró particularmente interesante la posibilidad de abordar el problema del multiculturalismo en un número monográfico coordinado por un autor canadiense. No se trataba tanto de comparar posibles paralelismos como de aprovechar la específica sensibilidad política desarrollada en nuestros respectivos países para abordar genéricamente los aspectos teóricos vinculados al fundamento de las identidades nacionales y a la posibilidad de su articulación política mediante modelos federales o estatutarios. Gracias a la amable y eficaz mediación del profesor Guy Laforest ha sido posible reunir la presente serie de textos originales sobre el tema que desde la Redacción hemos complementado con la aportación de un autor

español y, en atención a la realidad política de nuestros socios y amigos mexicanos, con un ensayo sobre la complejidad planteada por el reconocimiento constitucional de las identidades indígenas en este país.

FRANCISCO COLOM GONZÁLEZ
Secretaría de Redacción

* * *

Los debates que animan la filosofía política en este final del siglo XX no se desarrollan en el vacío, sino que están íntimamente ligados a la evolución socio-política contemporánea. La reflexión crítica sobre el multiculturalismo y el federalismo no se escapa a esta regla. Las formas actuales de este debate serían mal comprendidas si no se reubicase el mismo en el doble contexto planteado por el agotamiento de las filosofías de la historia, por un lado, y por la paradoja entre la integración y la fragmentación.

La caída del muro de Berlín y el hundimiento del marxismo-leninismo en Europa han sido vistos como triunfos de la economía de mercado y de la democracia liberal. No han podido, sin embargo, revelar el sentido último de la historia. Los dilemas que acompañan la búsqueda de lo bueno y lo justo —como ha demostrado ampliamente la guerra en la antigua Yugoslavia— permanecen íntegros. Por otra parte, y particularmente en Canadá y en España, las poderosas tendencias que llevan a la imbricación de las economías y a la homogeneización de las culturas no han impedido la multiplicación de los procesos de fragmentación política a través de la exacerbación de las búsquedas del reconocimiento. En este terreno tan sumamente complejo es donde la filosofía política contemporánea busca identificar modelos de justicia y de unidad en sociedades caracterizadas por la pluralidad de pertenencias y por la afirmación de identidades particulares.

El federalismo es una forma política de pluralismo. Las sociedades, las naciones o los pueblos se dotan de instituciones federales para realizar tareas en común reservándose un importante margen de autonomía para expresar su diferencia, sus especificidades. El cemento federal, según el filósofo canadiense y quebequés Charles Taylor, descansa sobre una aceptación lúcida, sobre un aprecio incluso de la necesidad de sus miembros de tener ciertas atenciones recíprocas en el ámbito de una relación que es doble. Por un lado, una relación de compañerismo en la que cada cual puede promover su propia identidad y objetivos; por otro, una relación de convergencia en la que la acción común tenderá a unificarse más. Semejante diálogo federal exige la reciprocidad, el reconocimiento de que el o los compañeros —el otro, o los otros— existen plenamente en tanto que otro(s). En ausencia de tal reciprocidad, deja de existir el diálogo federal. Cuando en una federación los dirigentes políticos del Estado central o una gran parte de la *intelligentsia* mayoritaria la perciben crecientemente como una nación que exige la uni-

formidad de la acción, se está alcanzando peligrosamente un umbral más allá del cual el diálogo federal deja de ser posible. En el ámbito del pensamiento y de la vida política, Charles Taylor ha consagrado buena parte de sus fuerzas a impedir que la federación canadiense entre en ese umbral. En el horizonte de la filosofía política contemporánea es él, sin duda, quien más ha influido en la reflexión sobre los temas ligados al federalismo y al multiculturalismo. Su texto sobre la identidad y el reconocimiento que aparece en esta sección temática les proporcionará a los lectores una idea general de su trabajo.¹

Es, sin embargo, en el ensayo de Will Kymlicka, profesor de filosofía de la Universidad de Ottawa, donde se encontrará una articulación más ajustada entre cuestiones de federalismo y multiculturalismo.² Cuidadoso con la precisión conceptual, Kymlicka realiza una distinción en el ámbito multicultural entre la polietnicidad y el fenómeno del pluralismo nacional. Lo esencial de su análisis nos lleva a los Estados federales y multinacionales. Kymlicka señala el carácter intrínsecamente inestable de estos regímenes. Distingue, además, los problemas de estabilidad de la cuestión de la justicia. Para una ética liberal, según él, la secesión no es un mal absoluto. Añadiré, sobre la base de mi propia experiencia personal, que tengo el honor de compartir con Taylor y Kymlicka la convicción de que la estabilidad de una federación multinacional exige del Estado central perseverar en el reconocimiento de la pluralidad de pertenencias y de la legitimidad del reparto de la soberanía, sin convertirse él mismo, en el plano de los símbolos y del poder, en vasallo de las entidades constitutivas. En el principio de toda federación se encuentra instalado con visos de perdurabilidad un sabio juego de contrapesos, de reequilibrios necesarios de permanente reajuste. Se reconocerá aquí una intuición compartida por Maquiavelo (en los *Discorsi*) y por Madison (en los *Federalist Papers*) en cuanto al papel positivo de las tensiones y de los tumultos en la vida política.

Wayne Norman, colega de Kymlicka en la Universidad de Ottawa, prosigue la investigación sobre regímenes multinacionales en su texto sobre la ética del federalismo y la evolución de la Unión Europea.³ ¿Cuál es el origen del

1. Los trabajos de Taylor sobre Hegel, la epistemología de las ciencias humanas, la filosofía del lenguaje y la interpretación de la identidad moderna han hecho de él uno de los más importantes pensadores contemporáneos. Una perspectiva sobre el conjunto de su obra es la ofrecida por James Tully (ed.), *Philosophy in an Age of Pluralism: the Philosophy of Charles Taylor in Question*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Véase en particular mi capítulo titulado «Philosophy and Political Judgment in a Multinational Federation» (pp. 194-212) y la respuesta de Taylor (pp. 253-257).

2. Cfr. Will Kymlicka, *Multicultural Citizenship. A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford, Oxford University Press, 1995. Véase igualmente del mismo autor *Liberalism, Community, Culture*, Oxford, Clarendon Press, 1989.

3. Para una visión del trabajo de Wayne Norman, véase su texto «Les points faibles du modèle nationaliste libéral», en F. Blais y G. Laforest (eds.), *Liberalismes et nationalismes. Philosophie et Politique*, Sainte-Foy, Presses de l'Université Laval, 1995, pp. 81-94.

recíproco compromiso moral de los miembros de una unión susceptible de transformaciones? Retomando determinadas categorías fundamentales del filósofo americano John Rawls, Norman intenta demostrar que la Unión Europea debe ir más allá de un mero *modus vivendi* instrumental, sin poder encontrar un acuerdo unánime sobre principios morales en el seno de una teoría comprensiva. La vía intermedia, en términos rawlsianos, es la del consenso por superposición (*overlapping consensus*), en el que sus miembros se reúnen de forma auténtica en torno a un compromiso moral real, bien circunscrito, que puede cobrar coherencia en proyectos nacionales que no pierdan su autonomía ni su especificidad. La Unión Europea se enfrentará con una encrucijada importante en 1996. Los textos agrupados en esta sección pueden alimentar la reflexión de quienes en los círculos políticos, intelectuales y burocráticos deberán pronunciarse sobre el sentido de la aventura europea.

Como recuerda Will Kymlicka en su contribución, quienes se interesan por realidades como el federalismo y el multiculturalismo se encuentran en el camino con la espinosa cuestión del nacionalismo. Mikhaël Elbaz y Denis Helly, antropólogo y socióloga respectivamente, ofrecen un feliz complemento a nuestro monográfico con un texto que realiza una síntesis analítica y crítica de los distintos enfoques que pueden encontrarse en las ciencias sociales a propósito del nacionalismo.⁴

Tan sólo me resta agradecer a mi amigo Francisco Colom González y al Consejo de Redacción de la *Revista Internacional de Filosofía Política* el haberme encargado preparar en enero de 1994 la presente sección temática sobre federalismo y multiculturalismo. En este tipo de empresa, la última palabra pertenece siempre a los lectores. Por ello, con sumo gusto se la cedo.

GUY LAFOREST

Universidad Laval (Quebec, Canadá)

Guy Laforest es profesor del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Laval de Quebec y codirector de la «Revue Canadienne de Science Politique / Canadian Journal of Political Science». Los temas tratados en este número monográfico han sido abordados por él en su obra «De la prudence» (Montreal, Boréal, 1993).

4. Mikhaël Elbaz es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad Laval en Quebec; Denise Helly, socióloga y antropóloga, pertenece al Instituto Nacional de Investigaciones Científicas (Centro de Cultura y Sociedad) en Montreal. Ambos acaban de contribuir, como Charles Taylor, a una obra interdisciplinar sobre Quebec. Cfr. M. Elbaz, A. Fortin y G. Laforest (eds.), *Les frontières de l'identité. Modernité et post-modernité au Québec*, París - Sainte-Foy, L'Harmattan y Presses de l'Université Laval, 1996.